

# Manuel Caballero Pausa, vagabundo sin causa

**M**ientras Manuel hacía su rutina diaria fue asaltado a mano armada por Pacho, uno de sus amigos más allegados. Así perdió su carreta, el plástico que había recogido en el día y sus ganas de alcanzar un bienestar, que parecía alejarse cada vez más. Con tan solo unos pesos en el bolsillo, decidió subirse a un bus para tratar de recaudar lo de la pieza en la que frecuentaba dormir, comprar cerveza e intentar desligarse de una realidad en la que tan solo existir ya era un peso enorme.

Habló durante unos cinco minutos mientras unos pasajeros escuchaban música a través de sus audífonos, algunos se hacían los dormidos y otros ni siquiera disimulaban ignorar su discurso. Un niño sentado frente a él, que iba acompañado de su madre, nunca paró de prestarle atención mientras disfrutaba de una rica y grasosa empanada que le habían comprado.

Manuel finalizó su discurso y pasó por todo el bus para recoger las monedas, que esperaba le completaran por lo menos lo de la cerveza, pero nadie le dio nada, ni siquiera un mínimo rastro de servicio al prójimo. Exhausto del día que había tenido, esperaba la próxima parada con una mirada caída y una rabia interior que

iba en aumento. El bus paró, mientras Manuel bajaba el niño se le acercó con una sonrisa que se hizo notar en todo el lugar, le entregó unas monedas que, según él, había ahorrado; Manuel, sorprendido, agradeció chocando los puños con él. Luego, al momento de poner los pies en la acera, estiró lo que más pudo su brazo izquierdo y le rapo sin ningún peso de remordimiento la media empanada que le quedaba al niño. Mientras las puertas se cerraban, el vagabundo le dijo: “Así es la vida, mijo”, alzando los hombros y yéndose de prisa.

Mientras Manuel caminaba de afán, con la cojera que lo caracterizaba y media empanada en la boca, contaba las monedas que el niño le había dado. Sin embargo, antes de terminar de contar se dio cuenta de que esas monedas eran diferentes, algo extrañas; las detalló más de cerca y alcanzó a notar que eran damas chinas. Decepcionado y con una rabia interior que estaba a punto de estallar, las guardó y de una manera casi irónica se dijo a sí mismo: “Supongo que realmente así es la vida”.

Sin el dinero suficiente para pagar una pieza o comprar cerveza, decidió ir a la tienda más cercana, a tomar “prestadas” unas cuantas cervezas, que por lo menos le quitaran ese guayabo de mala tarde. Al llegar a la tienda le echó un vistazo por un rato, se percató de que el sector estaba muy solo y lo único que se podía oír era el ladrido de un perro de la calle; que al igual que Manuel, su única causa era la búsqueda de una supervivencia casi que miserable.

Manuel le echó un segundo vistazo a la tienda. Allí vio a una anciana que hacía el mercado de la semana, a Javier, el chico que atendía el mostrador, y un *six pack* de cervezas, postrado dentro de un refrigerador cerca a la entrada, que entre más observaba más sentía el desespero abrumador por saciar su garganta seca y volver a sentir

ese sabor amargo en su paladar. De una manera casi que asfixiante, el *six pack* llamaba a Manuel para que fuera tomado de una vez por todas, así que, sin pensarlo dos veces, el vagabundo se lanzó y entró a la tienda. Javier, al percatarse de su presencia, no dudó en decirle despectivamente: “La tienda no da limosnas y mucho menos yo”. Con una mano en la perilla del refrigerador, Manuel se detuvo y le respondió con una mirada fría y una frase de los *Simpson* que se había quedado impregnada en sus recuerdos desde que era joven: “¿En adelante viviré en un mundo en el que nadie confía en nadie? ¡No, me niego!”.

Javier, un poco confundido, vio en ese momento como ese extraño personaje se metía la mano en el bolsillo trasero de su pantalón. Al notar esto, y con una reacción casi que instintiva, Javier sacó un revólver calibre 38 que se encontraba en el inferior del mostrador, y sin dudar le disparó con alevosía. La anciana gritó del pánico mientras Manuel caía sacando su mano del bolsillo, dejando caer todas las monedas que tenía guardadas. Ya con este vagabundo miserable en el suelo y varias de las monedas rebotando, Javier se le acercó sin dejar de apuntarle, con una mirada que trataba de ocultar todo el miedo que llevaba por dentro, pero que hasta Holland March, de *The Nice Guys*, habría notado que estaba que se cagaba en los pantalones.

Javier no paraba de gritarle: “¡Donde está el arma!”. Manuel, en estado de shock y con poca lucidez, contestó: “¿Cuál puta arma?”, con un grito que muy seguramente alcanzaron a oír las viejas chismosas del barrio. Javier, al ver que Manuel no tenía nada más que unos cuantos pesos, entró en pánico y se agachó para tratar de ayudarlo, giró la cabeza en busca de la anciana y en cuanto cruzaron miradas cayó desmayada. Javier empezó a pedir ayuda a gritos, pero los únicos que se asomaron fueron cuatro perros callejeros, cual Jinetes del Apocalipsis que se

presentaban para el día del juicio final, causándole una angustia digna de cualquier feligrés católico.

Javier trataba de parar la hemorragia y le rezaba a Dios, pero nada funcionaba. Manuel, viendo que era incapaz de ayudarlo, tomo el arma que Javier había dejado en el suelo y lo golpeó en la cabeza hasta dejarlo inconsciente, se puso de pie con dificultad y se guardó el arma, abrió el refrigerador, tomo una lata de cerveza y la destapó mientras salía de la tienda.

Este vagabundo sin causa empezó a caminar sin un destino al cual ir. Mientras los perros lo seguían, caminaba débil, con un pie cojo, desangrándose, pero feliz, disfrutando de ese dulce y amargo sabor que le producía una cerveza totalmente suya, y no como siempre, bebiendo de los cunchos que dejaban por ahí tirados en las entradas de los bares. Manuel caminaba moribundo por las solitarias calles de la ciudad, dejando un rastro de sangre mezclado con cerveza, que muy seguramente se terminaría diluyendo con el paso del tiempo, al igual que su presencia en ese mundo. A Manuel ya no le importaba nada, no tenía nada por lo cual realmente luchar más que su vida. De repente, a lo lejos, reconoció su carreta de reciclaje, la cual estaba al otro lado de la esquina de la cuadra, y junto a ella estaba Pacho, ese maldito rostro que era imposible de confundir con alguien más; casi sin fuerzas, Manuel trato de dar otro paso, pero se desplomó en el andén sin soltar en ningún momento su preciada cerveza.

Mientras Manuel esperaba su muerte, vio como Pacho se dirigía hacia él, con esa mirada fría tan característica de su presencia. En el momento en que llegó Pacho, este vio a Manuel con cierta confusión, que luego se terminaría convirtiendo en una sonrisa cínica. Sin pensarlo dos veces, Pacho se agachó a quitarle la cerveza que

Manuel sujetaba casi como a su propia vida. Forcejearon durante unos segundos, hasta que el traidor de Pacho logró arrebatársela. Se puso de pie de nuevo, y Manuel moribundo, le dijo: “¡No se atreva perro!”. Pacho, con esa sonrisa cínica casi que impregnada en su rostro, no le dio importancia a las palabras del que alguna vez fue su mejor amigo y bebió lo poco que quedaba de ese líquido amargo ypreciado. Manuel intentó tomar venganza con el arma que traía guardada, pero esta se le trabó al intentar disparar. Ya, sin ninguna causa más que aferrara a Manuel a este mundo, dijo como un último aliento: “¡Pacho hijueputa!”.

**Miguel Ángel Castrillón Alfonso**  
**Cine y Televisión**  
**Facultad de Arte, Comunicación y Cultura**